

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El mayor portento del mundo

(Continuacion.)

¿Qué cosa hay más amable que la sabiduría de Jesús? Cada una de las palabras que caian blandamente de sus lábios era una revelacion, y cada una de sus revelaciones era un consuelo. Jamás, habló nadie como Jesús. Los sábios le escuchaban absortos, y las turbas le seguian á todas partes, ávidas de recoger en su corazon las sublimes y consoladoras palabras que brotaban de sus dulcísimos lábios. Sus enemigos le cercaban para tenderle redes con preguntas capciosas, y confundia á sus enemigos con respuestas admirables que ponian de relieve sus malos pensamientos, y desconcertaban sus planes inicuos.

¿Qué cosa mas amable que la

omnipotencia de Jesús? Él unió la maternidad con la virginidad en la adorable persona de María, la eternidad con el tiempo, la inmensidad con el lugar, lo infinito con lo finito, el cielo con la tierra, á Dios con el hombre. Con solo su querer alborotaba los mares, y sosegaba sus encrespadas olas, y andaba sobre su movediza superficie á pié firme como sobre sólido pavimento. En el desierto donde no habia hornos ni molinos multiplicaba las provisiones, y en los poblados sanaba con una palabra dolencias incurables, y sacaba de su tumba á los muertos, llenos de vida y de juventud. Y lo que es mas, su voz dulcísima penetraba las almas, y transformaba los corazones. ¿Qué mas? Si un hombre poseyerá una sola de las perfecciones de Jesucristo, sería la admiracion

del mundo, y se grangearía el amor de las gentes. Poseyendo la sahiduría de Jesús, sería el oráculo de las naciones; poseyendo su omnipotencia, sería el asombro de los poderosos, y el terror de los malos; poseyendo sus gracias y perfecciones, sería el ídolo de todo el universo. Que Dios, terrible en el Sinai, cuando hablaba al pueblo desde la nube, fuese mas temido que amado, no es maravilla; pero que no sea amado el Hijo de Dios, belleza eterna y tipo perfectísimo de toda belleza, bondad infinita y fuente inagotable de toda bondad; que el mundo aborrezca á Jesucristo, Salvador y Redentor del mundo; que el hombre, amado con tanto amor, y rescatado á un precio infinito ofenda á Jesús, y menosprecie el amor con que le ha salvado, y la sangre con que le ha redimido, es el mayor portento y la mas estupenda maravilla que ha visto el mundo, pero maravilla de ingratitude horrenda, portento de iniquidad inaudita, misterio de ódio inconcebible que no tiene semejante en la historia de los ódios humanos, y que no puede ser debidamente calificado sinó le llamamos *ódio satánico*. Y este ódio infernal, encarnado en el corazón humano se manifiesta en iras feroces, en blasfemias

horribles, en persecuciones desalmadas contra Jesucristo, y su Iglesia, contra el templo, y el altar, contra el Redentor y los redimidos. Hoy como en el tiempo de su pasión, nuestro Señor Jesucristo, herido y blasfemado por los pecadores puede arguir á sus enemigos, diciéndoles en tono de amarga queja: Si he hablado mal, mostradme en qué; y sinó ¿por qué osais herirme y blasfemais de mi nombre? ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Mostrad, si podeis, un error en mi doctrina, un lunar en mi vida, un solo pecado en mi conducta. Y si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Si os doy ejemplo de santidad, ¿por qué me acusais de injusticia? Si mis caminos son rectos, ¿por qué no me seguis? Si pongo mi vida por vosotros, ¿por qué me odiais? Si os traigo la salud, ¿por qué me rechazais? En efecto: ¿Quién puede alegar con justicia contra el Hijo de Dios? Vengan aquí todos los hijos de Adán, y yo les doy permiso para que formulen sus quejas contra Jesús. Vengan los reyes, los gobiernos y los regidores de los pueblos, vengan á juicio ante el tribunal de la razón, y respondan á este interrogatorio: ¿Por qué odian á Jesucristo? ¿por qué rechazan su ley y reniegan de su

paternal soberanía? ¿por qué ajustan paces sacrílegas, y celebran pactos horrendos contra Dios, y contra su Ungido? Toda potestad emana de Dios, y toda ley ha de ajustarse á la ley de Cristo. El Evangelio y la recta razón condenan como tiránicos y despóticos á los poderes ateos que se rebelan contra la autoridad de la Iglesia, y reprueban como yugo opresor, y capricho insoportable la ley humana que prescinde, menosprecia, ó contradice á la ley divina. ¿Por qué ha de ser esta doctrina motivo de contradicción y de guerra contra Jesucristo que la trajo del cielo y contra su santa Iglesia que la explica y aplica al régimen y gobierno de las sociedades de la tierra?

Jesucristo no vino á destronar á los reyes, ni á conquistar por las armas los reinos temporales, antes bien Él mismo se sometió á los poderes constituidos, fortificó su autoridad, cumplió las leyes de su país, pagó el tributo al César, y recomendó la obediencia no por temor, sino por deber. Sin enseñanzas acerca del origen y los deberes de la potestad, y su teoría acerca de la obediencia bastan ellas solas para hacer á las naciones felices y respetables. Si ellas fuesen observadas y cumplidas por los que man-

dan y por los que obedecen, tendríamos realizado el bello ideal de la sociedad humana. Los gobernantes mandarían como padres, y los súbditos obedecerían como hijos. No veríamos lo que vemos hoy en estas sociedades modernas, educadas por el liberalismo, á saber; el imperio cruel y bochornoso del hombre sobre el hombre, el mando de facciones desalmadas, ó la dictadura de turbas desenfrenadas. ¡Desdichada sociedad! Desde que sacudió el suavísimo yugo de Cristo, Salvador del mundo, su destino fatal parece no ser otro que marchar de precipicio en precipicio para caer en insondables abismos. Víctima de sus propias locuras no sale del despotismo sino para caer en la anarquía. No hay salvación para ella sino vuelve contrita y humillada al seno de la Iglesia católica, porque está escrito: todo reino y toda gente que no sirva á Jesucristo, perecerá.

Z. M.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

El rosario de un Jesuita.

—
El Jesuita Juan Ogilvia sufrió tormento y muerte por la fé en Glasgow el 10 de Marzo de 1615.

Su crimen fué haber osado decir que el poder espiritual correspondia al Papa y no al Rey, que en aquella época era Jacobo I.

Cuando marchaba al cadalso el Padre Ogilvia vió á un pastor protestante que le dirigió la palabra y le manifestó el afecto que le inspiraba.

—Mi querido Ogilvia— le dijo —os compadezco de vuestra obstinacion en querer sufrir tan infame muerte.

El Padre Ogilvia le contestó como si tuviese algun miedo:

—Si dependiese de mí morir ó no morir. Nada puedo. Me han declarado reo de alta traicion y por esto voy á morir.

—Traicion— dijo el protestante— no hay nada de eso; creedme, abjurad el Papismo y todo se os perdonará y os colmarán de favores.

—Os burláis de mí—dijo el Padre.

—No—replicó el pastor protestante— hablo formalmente y con poderes para hacerlo; porque el Arzobispo protestante me ha encargado os ofrezca en matrimonio su hija con una buena prebenda como dote, si os decidiais á venir con nosotros.

Durante este diálogo habian llegado al lugar del patíbulo. El protestante instaba al Padre para que consintiese en vivir. El Padre Ogilvia contestaba que bien lo deseaba si su honra se conservaba incólume.

—Pero ya os he dicho—repetía el protestante—que sereis colmado de honores.

—Pues bien—dijo Ogilvia—repetid en alta voz y ante el público lo que me proponéis.

—No tengo inconveniente.

—Oid—gritó el P. Ogilvia—lo que me proponen.

Y el ministro protestante dijo en alta voz:

—Prometo al Sr. Ogilvia la vida, la hija del Arzobispo y una rica prebenda, si quiere ser de los nuestros.

—¿Lo oís, todos—dijo el Padre—y estais prontos á dar de ello testimonio, si fueseis requeridos?

—Sí, lo hemos oído—clamó la muchedumbre—y daremos testimonio. Bajad, Sr. Ogilvia, bajad del patíbulo.

Los católicos allí presentes sufrieron horrible angustia, los herejes estaban radiantes de júbilo.

—¿Entonces—replicó el P. Ogilvia—no temeré ser perseguido como reo de traicion?

—No, no—le gritaron de todas partes.

—¿Si estoy aquí es solo por mi religion y es ella mi único crimen?

—Sí; solo la religion.

—Muy bien—dijo el Padre—es mas de lo que deseaba. Por mi religion soy solamente condenado á muerte. Por ella daría alegremente cien vidas, si las tuviese; solo tengo una, tomada y dáos prisa. En cuanto á mi religion, nunca me la arrancareis.

Al oír estas palabras los católicos manifestaron su satisfaccion; mientras rugiendo de cólera los protestantes, se veian burlados y cogidos en sus propias redes. El pastor protestante se enfureció; interrumpió al P. Ogilvia que iba á seguir hablando, y ordenó al verdugo cumplierse en seguida su oficio. El verdugo pidió perdon al Mártir, y le abrazó

éste: mas antes de atársele las manos, arrojó el P. Ogilvia su rosario al pueblo, y el rosario fué á dar en medio del pecho á un jóven calvinista que viajaba entonces por Escocia, el Baron Juan de Eckersdorf, que fué despues Gobernador de Tréveris y amigo íntimo del Archiduque Leopoldo, hermanos de Fernando III.

Ya muy anciano, dijo lo siguiente al P. Boleslao Balbino, de la Compañía de Jesús:

—Cuando la ejecucion del P. Ogilvia, su rosario me dió en el pecho, y hubiera podido cogerle, si la impetuosidad de los católicos que me lo arrancaron á viva fuerza me lo hubiera permitido. No pensaba entonces en mudar de religion; pero aquel rosario me habia herido el corazon, y desde aquel momento no hallé reposo ni tuve paz. Perturbada mi conciencia, me decia: «¿Por qué el rosario del P. Ogilvia cayó sobre mí y no sobre otra persona?» Y esta idea durante muchos años no me abandonó un solo momento hasta que me hice católico. Atribuyo mi conversion á ese bendito rosario que compraria á cualquier precio y que por nada cederia jamás si lo tuviese.

LOS LADRONES.

I.

Recorriendo una coleccion de periódicos viejos de hace cuarenta ó cincuenta años, nos llamó la atencion la rapidez con que pasan los hombres y las cosas. Acontecimientos que han conmovido al mundo están enterrados en el olvido; oradores, cuya palabra brillaba como el

relámpago, no han dejado como recuerdo sino un rastro casi borrado de su nombre. Semejante porvenir nos está reservado. Nuestros libros, nuestros discursos de efecto se desvanecerán, y nuestros grandes hombres políticos volverán á su verdadera altura. El viento que pasa lo arrastrará todo.

Sin embargo, algo queda. Ese algo que no tiene nombre, exigiria ante todo una definicion para ser conocido; pero se nos comprenderá diciendo, que eso que no pasa, debe estar unido al corazon humano por raíces pequeñas y grandes. *Gacetillas* ocultas en el rincon de un periódico viejo, pueden pasar á la posteridad, mientras que un sábio discurso trazado en la primera plana, no vivirá una semana.

Sea muestra de ello la historia de un ladrón. La escena pasaba en Paris en 1835. Los periódicos de la época tenian otras cosas que hacer que ocuparse de ese ladrón. Necesitaban dar cuenta de la comida nueva, criticar la novela que acababa de aparecer, discutir los méritos del nuevo académico, analizar los trajes del último baile oficial, y sobre todo colmar de alabanzas ó abrumar á sarcasmos al ministro que ocupaba el poder. En este torbellino de ideas se arrojaba al ladrón á la *gacetiilla*. A la verdad que merecia mejor suerte. Por eso he querido sacarlo de la oscuridad, á fin de que ese buen ladrón pueda servir de enseñanza á los ladrones que vengán detrás de él.

II.

En una casa de modesta apariencia, situada en el barrio de San German, vi-

vía en el piso tercero un honrado capitán retirado que había perdido el brazo izquierdo delante de Pamplona en 1823, cuando mandaba una compañía de cazadores del tercero de ligeros.

Ese veterano no era rico ni pobre, y citaba con este motivo algunos versos de Oracio, porque amaba y cultivaba las letras. Su habitación lo probaba, enseñando á los que en ella entraban dos bibliotecas dignas de un profesor. Y no era este el único lujo del capitán. Una panoplia brillaba resplandeciente, y en varias rinconeras podían admirarse esas mil pequeñeces costosas que constituyen el encanto de los hombres de gusto. Veíase un magnífico mueble del mejor estilo Luis XIII, que estaba en gran veneración. Los criados y hasta los vecinos, decían misteriosamente que en ese mueble se iba reuniendo diariamente un pequeño tesoro.

El capitán se había casado en Bayona durante su juventud. Las gracias de su mujer no eran ya las mismas, el cabello había perdido sus tintes oscuros, pero el corazón conservaba su calor. De piedad ejemplar, la compañera del viejo soldado socorría todas las miserias y rezaba día y noche al pie del Crucifijo colocado á la cabecera de su cama. Ese Crucifijo llevado de España por el veterano, era una obra maestra de la Edad Media que los más ricos museos se hubieran disputado.

En fin, la morada del capitán respiraba desahogo y buen gusto.

Algunas miniaturas, firmadas por los maestros del arte, se veían cerca del espejo de Venecia colocado sobre la chimenea.

Encima de este espejo una espada sostenía la cruz de la Legión de honor. El arma había perdido su brillo en los combates y en las marchas: se adivinaban en la hoja las lluvias del vivac y las oscuras manchas indelebles de la empuñadura recordaban la sangrienta presión que conocen bien aquellos que enfrente de la muerte la miran con la cabeza levantada. La cinta de la Legión de honor había perdido su vigoroso tinte bajo los ardores del sol africano: la condecoración con su esmalte agrietado, sus ángulos rotos y su plata ennegrecida, probaba que procedía de buena parte. El humo de las batallas había acariciado esa condecoración, dejando en ella esos sombríos resplandores que dan belleza á los monumentos antiguos.

III.

Una vez al año se turbada la ordenada existencia del capitán y de su esposa. Iban á Versalles á pasar el día en casa de un antiguo compañero de armas. Un poco antes del medio día, la criada lo arreglaba todo, quitaba las llaves de las cerraduras, cerraba puertas y ventanas: luego ambos esposos, en traje de fiesta, se dirigían al despacho de las *Golondrinas*, coches acelerados que iban de París á Versalles en dos horas y tres cuartos. El capitán y su esposa regresaban á las doce y algunos minutos de la noche. En este memorable día la anciana sirvienta tenía licencia para ir á Vicennes á casa de su hermano, carpintero de la localidad.

La casa permanecía abandonada durante doce horas. Esto para nadie era

misterio, porque el capitán se complacía en compartir sus alegrías.

Al día siguiente de una de esas fiestas de familia apareció esta gaceta en los periódicos de París.

«Acaba de ocurrir un extraño acontecimiento. El capitán retirado X y su esposa habían ido a pasar el día en Versalles. Al volver a su casa, situada en la calle Jacob, encontraron todas las cerraduras forzadas, los armarios y los muebles rotos. Todos los efectos, joyas, valores y dinero estaban esparcidos por el suelo en completo desorden; pero nada había desaparecido. Un saco que contenía oro no fué abierto siquiera. Al parecer, el ladrón, alarmado por algún ruido, huyó sin tener tiempo de recoger su botín. La justicia hace averiguaciones, y es de esperar que el misterio no tardará en aclararse, pues la policía sigue la pista de esos audaces bandidos.»

La gaceta no dice más. Hubiera quedado olvidado el hecho si uno de los magistrados de la época, octogenario, no nos hubiera contado la historia del ladrón.

¿Cómo lo sabía? Por haber estado encargado de la instrucción del sumario.

Por lo demás, toda esta historia se halla contenida en la carta que recibí el capitán dos días después de su vuelta:

«Señor oficial:

Sabía que vuestra ausencia duraría doce horas, y quise aprovecharla. Solo, y sin cómplices, penetré, sin ser visto, en la casa una hora después de vuestra marcha. Abrí la puerta y volví a cerrarla

con cuidado. No abrí las ventanas, contentándome con encender las velas. Violé todas las puertas y coloqué sobre la alfombra las innumerables riquezas que encontraba.

Estaba deslumbrado. Me veía libre de privaciones para siempre; podía en adelante satisfacer mis pasiones insuperables, jugar y gozar de todos modos. Calculé vuestros tesoros en su justo valor, porque no pertenezco al vulgo. Era de un círculo social que me había ofrecido todos los goces de la vida, y del que he querido desterrarme para ser libre. Había declarado la guerra a la sociedad, cuyo yugo me abrumaba. Todavía no había derramado sangre; pero no hubiera dudado en usar de las armas que llevaba ocultas si el grito de una víctima hubiera comprometido mi seguridad. Os hago esta confesión, señor oficial, porque nunca sabréis quien soy y mi nombre será siempre un misterio para vos. Que no me busque la justicia. Mañana estaré lejos, y dentro de poco un buque me conducirá al otro lado de los mares.

Nada os he robado. He respetado vuestro oro, aunque no tenía un real, el hambre me desgarraba las entrañas, y apenas tenía fuerza para levantar los objetos colocados a mis pies. Dirigí una mirada al rededor de mí para asegurarme de que nada había olvidado, porque lo quería todo. Entonces vi un Crucifijo junto a la cama. Esa imagen me hizo estremecer. En mi niñez había visto una imagen semejante sobre el pecho de una mujer, era mi madre. Creí verla, y retrocedí para huir y ocultarme. Mis ojos encontraron la cruz de honor de mi padre, esa

cruz traída de Argel por un compañero de armas, porque él cayó en las primeras horas de la conquista.

Era un valiente y mi madre una santa. Me miraban desde arriba, y Dios también me veía. Aterrado, caí de rodillas, y un sollozo destruyó mi pecho.....»

IV.

¿Quién era ese hombre? Nadie lo ha sabido jamás. Pero hacia este tiempo, un francés, joven aun, desembarcaba de una fragata en la costa americana. Se estableció en la Luisiana, y llegó á ser un incansable trabajador. Luego se le vió cazar castores en los alrededores de San Luis. Muy honrado, pero sombrío y reservado, le gustaba la soledad de los bosques. Sus compañeros le veían á menudo rezar y limpiarse las lágrimas. Murió en una expedición contra los mejicanos.

Sea lo que fuere, nuestro ladrón no se atrevió á cometer el crimen de descolgar el Crucifijo y arrojar al suelo la más sublime imagen que ha contemplado el mundo. Robaba, estaba dispuesto á asesinar, pero su mano respetaba el símbolo del sacrificio. Su niñez había sido cristiana, y la libertad de conciencia no había dejado en su alma el fango de la ignorancia; era hijo de una mujer honrada, era hijo de un valiente.

Han pasado cerca de cincuenta años, y nuevas generaciones han aparecido.

El Crucifijo de la mujer del capitán ha caído, arrancado vergonzosa y cobardemente. Le han roto en el suelo. La cruz de honor del capitán, esa cruz traída de la guerra, ha sido colocada en el pecho

de un aventurero. Los *servicios excepcionales* han reemplazado á las acciones de guerra.

Hay que echar de menos al ladrón de otros tiempos.

Sin embargo, su educación no había sido cristiana, puesto que era criminal; pero vago recuerdo de su madre le retenía al borde del abismo. El honor de su padre le apareció de repente. Tan cierto es que los ejemplos dados en el hogar se grababan en el corazón de los hijos. La escuela seglar hubiera hecho de él un asesino, á menos que el maestro de escuela se hubiese negado á pervertir á sus discípulos.

Ladrón por ladrón, preferimos el de antes al de nuestros días.

General Ambert.»

COLECCION

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. Católica, Huerto del Rey, 13.